



MIAMI BLUES

Abel Angulo

MIAMI BLUES



Primera edición: enero 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Abel Angulo

ISBN: 978-84-10082-56-4

ISBN digital: 978-84-10082-57-1

Depósito legal: M-35868-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Lucía y Antonio.
Por esos momentos de juegos y felicidad.*

Índice

1. Crockett y Tubbs.....	13
2. Dueños de la noche.....	39
3. La reina del Caribe.....	63
4. Nadie vive eternamente	89
5. Crockett's theme.....	119
6. Burnett y Cooper	145
7. Bay Biscayne	171
8. Tim Truman tribute.....	203
9. La ley del contrabandista	235
10. De entre los muertos.....	269
Epílogo	301
Nota del autor:.....	305

(Miami, años 80)

El cielo gris se funde con el océano ceniciento. Cae un tremendo aguacero, la lluvia se precipita en rayas oblicuas que golpean las calles grises y la arena de la playa cercana.

Los relámpagos serpentean por el cielo iluminando los callejones de South Beach mientras las palmeras de Ocean Drive se tambalean con las fuertes rachas de viento y lluvia.

En una vieja y deteriorada casa situada en un lúgubre callejón de la zona, al abrigo de la tormenta, un joven de rasgos hispanos inspecciona una bolsa de deporte en la penumbra de una amplia estancia. Tranquilamente sentado sobre una cama, el joven, de unos veinte años, media melena oscura y un bigotillo negro sobre los labios, dobla unos diminutos envoltorios de papel rellenos de polvo blanco.

La habitación se ilumina con la luz de los relámpagos como si disparasen *flashes* de fotografía nocturna. Sus ojos pestañean con temor evitando el resplandor de las culebrinas mientras lleva la cuenta de las papelinas que prepara en voz alta. Al pronunciar el número once se detiene; cree haber escuchado un crujido en la habitación contigua, pero en la casa solo está él.

Después de escuchar en el exterior un fuerte trueno y una racha de lluvia salpicando los cristales de la ventana, continúa con la cuenta.

Ya va por el veinte cuando, sin levantar la vista, presiente el suave movimiento de una sombra justo delante. Se le erizan los pelos de la nuca. Al levantar la mirada, recibe un certero tajo en el

cuello y sus ojos se envuelven en una densa niebla, difuminándose la sombra que se dibuja frente a él.

Afuera la lluvia sigue cayendo con fuerza. La luz de un relámpago ilumina la estancia, donde se mueve una silueta enfundada en un holgado buzo de trabajo oscuro, el rostro cubierto por una capucha negra y un machete, de esos que se usan para cortar caña, colgado a la espalda con una soga.

En una especie de ritual macabro, enciende una vela sobre la cómoda del dormitorio y, a continuación, deja en el suelo, junto al cadáver rodeado de un charco de sangre, un pequeño muñeco de tela relleno de paja, con un alfiler insertado justo en el lado del corazón.

1. Crockett y Tubbs

Yo te enseñé cuándo hay que desenfundar el revólver; ahora permíteme que te enseñe cuándo hay que guardarlo.

The home invaders. Miami Vice

Los focos azules iluminan la pista, los haces de luz giran alrededor de atractivas mujeres que siguen la música bajo ajustados vestidos de noche. En el centro de la pista, un joven afroamericano se mueve con soltura, su pelo negro rizado se menea rozándole los hombros al son de la canción. A su lado bailan otros jóvenes de rasgos parecidos, que visten camisas brillantes y pantalones de corte; los mocasines de colores marcan el paso al ritmo de Rockwell, *Somebody's watching me*.

Mientras la pista de baile se llena, en la barra del club nocturno beben numerosos clientes, solos o en grupos de amigos, conversando. La animación sube por momentos.

Acaba de llegar un tipo de mediana estatura vestido de negro. Su rostro moreno y el pelo corto y rizado de rasgos afroamericanos contrastan con el color de sus ojos, más claros.

Se abre hueco entre un grupo de jóvenes blancos y una chica bonita: pelo rubio, tacones altos y vestido corto trasluciendo una espléndida figura. El tipo pide un quemadillo de ron a la camarera, después se gira con mucho desparpajo observando la pista de baile y la gente que deambula en la penumbra del club.

Sus ojos, color de miel, parecen reconocer a alguien que está sentado en los sillones de la sala cuando nota unos dedos presionando su espalda; la joven camarera deja el quemadillo sobre la barra con una sonrisa en los labios. Antes de que se retire, el tipo paga la consumición y desliza bajo una servilleta un billete de veinte dólares diciéndole algo al oído y señalando, a continuación, a un hombre sentado en un sillón. La camarera asiente, guardando el billete de veinte dólares en el escote.

Al momento, la joven sale de la barra, lleva sobre una bandeja un combinado coronado por una raja de limón; se acerca hasta la mesa rodeada de sillones donde se sienta un hispano de unos treinta años, calvo de frente, por detrás lleva el pelo atado en una coleta, en su rostro resalta un fino bigote bajándole hasta la comisura de la boca.

Sentados enfrente, beben dos jóvenes de rasgos hispanos, y varias chicas se sientan con ellos; mucha pintura en el rostro, conversaciones en voz baja y muchas sonrisas.

El tipo de pelo negro rizado y ojos claros termina el quemadillo en dos tragos y se dirige hacia la mesa con paso tranquilo, moviendo la cabeza al ritmo de la canción.

I always feel like somebody is watching me.

Durante el trayecto, lo acompañan las luces de colores y el aire chulesco al andar. Cuando llega, se agacha para susurrar algo en el oído de una de las chicas. Esta se levanta cediéndole el asiento.

El tipo se sienta sin apartar los ojos claros del hispano, que lo mira con sorpresa y gesto serio.

—Espero que acepte la invitación. Me llamo Davis —dice riéndose. Un rayo de luz azul hace brillar el pendiente en forma de cruz que cuelga de su oreja izquierda.

I always feel like somebody is watching me.

—No tengo el gusto de conocerte. Tienes veinte segundos — responde el hispano con tono agrio, sus ojos oscuros miran amenazadores en la penumbra de la sala.

—Veinte kilos de nieve. Pago a estipular. Como ves, me han sobrado quince segundos —bajo sus ojos claros, el tipo sigue mostrando una media sonrisa.

—Lárgate —es la respuesta del hispano; la coleta asoma tras su espalda al girar el rostro desentendiéndose de su interlocutor.

No parece estar de acuerdo el tipo de ojos claros cuando cruza los pies apoyándolos encima de la mesa donde descansan las bebidas.

Los jóvenes que acompañan al hispano hacen mención de querer intervenir, pero este los calma con un gesto de la mano.

El tipo de pelo negro rizado y ojos claros desliza desde el interior de su cazadora oscura una escopeta de cañones recortados. En el rostro del hispano aparece un gesto de inquietud, pero el tipo se limita a abrir la escopeta con mucha parsimonia sacando un cartucho sin percutir. Después, saca un bolígrafo de un bolsillo de la cazadora y escribe algo en el cuerpo del cartucho.

—Alguien me habló de ti. Silvio Rodríguez, creo que lo conoces —deja el cartucho sobre la mesa antes de despedirse:

—Por si cambias de opinión. Llámame a ese número —a continuación, se levanta y se va tranquilamente, tal cual llegó.

I always feel like somebody is watching me.

El disco anaranjado deslumbra a primera hora de la mañana; atrás quedan en la lejanía los últimos tintes rosados del amanecer. Sobre el océano inmensamente azul, se refleja una franja de oro convergente con los oblicuos rayos solares.

Algunos paseantes solitarios caminan siguiendo la línea sinuosa que dibujan las olas del mar en la playa de Miami Beach; pegada a sus pies, los acompaña su alargada sombra matinal avanzando sobre la arena mojada.

Mientras las olas llegan mansas hasta la orilla, mar adentro, un gran barco se aleja de la costa adentrándose en el Triángulo de las Bermudas.

La extensa franja de arena blanca, ahora prácticamente desierta, con el paso de las horas se llenará de bañistas.

El sosiego de esa espléndida mañana se pierde justo al dejar atrás la arena de la playa, cruzando la zona ajardinada de Lummus Park, para llegar hasta el asfalto de Ocean Drive.

Chirrían las ruedas de un Ford Mustang Cobra pintado de blanco; en los laterales del coche destacan dos largas bandas pintadas de azul.

Acelera el Mustang con rapidez para adelantar a otro coche y, seguidamente, en un brusco quiebro, esquivo a un Lincoln gris que se acerca de frente.

Los de la Brigada Antivicio de la Policía de Miami Dade se adentran a toda velocidad en South Beach.

—¿Qué demonios se escucha ahí atrás, Michael? Llevo escuchándolo desde que hemos salido. ¿Llevas una lata atada al para-choques?

Michael conduce, las dos manos sobre el volante, la mirada atenta bajo un tupido pelo castaño, camisa hawaiana y pantalón claro de tela cubriendo una portentosa planta, pasa del uno ochenta y también supera por poco los cien kilos.

—No creo. Debe de ser la matrícula del coche, se soltó un tornillo el otro día.

—Ya. El sonido es parecido —responde Frankie Coleman, luego vuelve a guardar silencio mientras observa las calles grises con la mirada acerada de sus ojos claros. El pelo rubio le baja hasta los hombros, y de su fino mentón asoma una barba de tres días que más bien parece un rasgo condenado a la asiduidad.

El Mustang sigue rugiendo por las calles del distrito *art déco*. La vía está salpicada de verdes y altas palmeras que le dan un aire tropical a la zona, los troncos se elevan sobre un escenario de casas de dos o tres plantas. Edificaciones que combinan diferentes colo-

res en sus fachadas, tonos color pastel, ventanas de ojos de buey, elegantes mansiones que conviven con singulares hoteles de playa. Ahora los agentes encubiertos de Antivicio dejan atrás la fachada del Hotel Boulevard con sus letras rojas rotuladas en horizontal y, a continuación, pasan de largo el letrero vertical del Hotel Colony con sus tonos azulados.

Antes de llegar a la calle 5, el Mustang frena bruscamente y, derrapando su parte trasera, se interna en el corazón de South Beach.

Los agentes callejean por una zona degradada, giro a la derecha, cambio a la izquierda, luego recto..., hasta que, al entrar en un callejón, encuentran al fondo tres coches de la Policía, señales visuales que lanzan destellos sobre el techo de largos coches patrulla. Varios uniformados hacen guardia en la entrada de una casa de dos plantas.

Frankie Coleman y Michael Gordon salen del coche, allí cerca está el Chevrolet Camaro azul de la teniente Romero, aparcado detrás de los coches patrulla.

Se dirigen hacia la casa. Frankie camina tranquilo, con las manos metidas en los bolsillos de un pantalón de pinzas color gris, combinado con una chaqueta clara de *sport* y una camiseta azul de cuello abierto. A su lado, Michael anda con paso seguro, la camisa hawaiana por fuera del pantalón.

Antes de cruzar el precinto policial, muestran sus placas a los uniformados, dos agentes: uno de raza blanca; el otro, negro. Este último asiente dándoles paso, viste un uniforme marrón ajustado y de su rostro baja un bigotazo tan negro como el carbón.

La fachada de la casa muestra un aspecto deteriorado, dejadez de barrios complicados, degradación urbana sin visos de cambiar.

Nada más cruzar la puerta internándose en la penumbra de la casa, van a dar con un amplio y descuidado salón.

La teniente Valerie Romero y la agente Tina Lauper giran el rostro al verlos.

—Los estábamos esperando —dice la teniente Romero. Rostro serio, ojos negros, pelo liso en media melena; de origen cubano

y raza mulata, muestra sus agraciadas curvas bajo una falda gris y una elegante chaqueta de vestir a pesar de haber superado los cuarenta y cinco.

—Estábamos en la zona norte de Miami, teniente —se excusa Michael con cara de buen chico.

Frankie, echando una ojeada a la habitación, no dice nada.

—Los fotógrafos y los de huellas ya han hecho su trabajo —comenta Tina Lauper con los labios pintados de rojo en un ovalado rostro de piel clara. Sus ojos alegres y su largo cabello negro potencian una fisonomía agradable; botas altas y piernas bonitas bajo una minifalda de cuero. A menudo trabaja infiltrada en el mundo de la prostitución y los proxenetas.

—Entrad —Romero indica la estancia contigua con la mirada.

—El espectáculo no es agradable —avisa Tina.

Los cuatro entran en el dormitorio.

Lo primero que destaca es un bulto sobre el suelo envuelto en una sábana y una gran mancha de sangre seca sobre el baldosado. Frankie pasea la vista por la habitación, la luz entra por una ventana que da al este; solo una cómoda y un armario amueblan la estancia.

El cadáver yace tumbado junto a la cama, justo enfrente de la puerta. Sobre la pared donde se apoya el cabecero de la cama, se observan numerosas salpicaduras de sangre.

La teniente comienza a explicar con rostro serio:

—Los de homicidios han requerido nuestra ayuda. Han encontrado restos de cocaína. El crimen pudo cometerse en la tarde de ayer. Se usó un arma de corte contundente; el cadáver lleva un único corte, limpio. Una patrulla de Policía, que esta mañana pasaba por la zona ha entrado en la casa, les ha llamado la atención que la puerta estuviera abierta. En la zona se han perpetrado numerosos robos en las últimas semanas.

—No parece que se trate de un simple robo —apunta Frankie Coleman.

—Hemos encontrado dos papelinas de cocaína en el suelo, pero sobre la cama hay más restos de polvo blanco, quizá el ata-

cante o los atacantes sustrajeron la droga que pudiera haber. Sin embargo, hay algo extraño que se sale del patrón —Romero indica con el dedo índice una vela apagada, casi consumida, que descansa sobre la cómoda—. Cuando llegamos, todavía lucía. Sobre el suelo, junto al cadáver, también yacía esto —la teniente Romero saca de una bolsa transparente un pequeño muñeco de tela.

El muñeco, traspasado por un alfiler, lleva puesta una capucha negra sobre la cabeza, y tiene una pierna más corta que la otra. Sin sacarlo de la bolsa, la teniente levanta la capucha negra con la yema de los dedos y aparecen dos botones azules cosidos a un rostro anónimo.

Van circulando por Meridian Avenue, han dejado a la teniente Romero y a Tina Lauper finalizando las últimas pesquisas. Michael va atento a la conducción mientras el estridente ruido sigue sonando en la parte trasera del coche.

Frankie enciende un cigarro y expulsa el humo a través de la ventanilla. El humo se queda atrás velozmente al igual que las casas de la zona y los coches aparcados a ambos lados de la calle.

El sol empieza a calentar con más fuerza y la humedad se siente en el ambiente; la camisa hawaiana de Michael empieza a humedecerse.

Al llegar a la altura de Flamingo Park, Frankie le hace una seña a su compañero para que aminore la marcha. El parque suele ser punto de reunión de los diferentes pandilleros de la zona y de algún yonqui que busca esconder su momento de debilidad entre la vegetación del lugar.

A estas horas, el parque parece estar tranquilo; apenas algún residente paseando al perro. Frankie aspira fuerte el humo y después lo suelta, sus aceros ojos claros siguen atentos a las sendas y al arbolado.

—¡Para! —dice de repente.

Dos jóvenes de raza blanca, que quizá todavía no hayan cumplido los veinte, al ver el coche frenar, empiezan a correr por el parque.

Frankie apaga el cigarrillo en el cenicero y baja del coche con rapidez; mientras, su compañero arranca de nuevo el Mustang para dar la vuelta a la manzana. Se escucha el chirriante ruido alejarse, la matrícula colgando va escupiendo chispas al rozar con el asfalto.

El agente Coleman se interna en el parque corriendo tras los jóvenes. Cuando llegan a la zona central del parque, uno de los chicos cambia de dirección y se aleja a toda velocidad hacia el campo de béisbol. El otro continúa recto, Frankie lo sigue con el corazón acelerado dejando atrás las palmeras verdes, el césped y el arbolado que bordea el sendero.

El joven viste un pantalón vaquero y camiseta a rayas. De momento, mantiene la distancia, pero, al llegar a la salida de Michigan Avenue, el Mustang blanco le corta el paso. Al verse asediado, se detiene, dándose por vencido. Michael baja del coche y lo agarra del cuello de la camiseta.

—¿Dónde vas, pajarito?

Al instante, llega Frankie con la respiración entrecortada.

—Si está aquí nuestro amigo Willy —saluda tras reponerse de la carrera.

El chico de tez clara y ojos avellanados, el pelo rubio le baja hasta los hombros, mira a los agentes con altanería.

—Deja todo lo que lleves sobre el capó —le ordena Michael mirándolo fijamente.

—No tenéis nada contra mí —el joven deja sobre el capó una navaja automática, y después se hace el remolón.

El agente Michael, rebuscándole en un bolsillo del pantalón, encuentra una papelina de heroína.

—Deberías cuidarte más, Willy —comenta Frankie en tono gracioso.

—Sois muy duros, muchachos, estoy impresionado —responde el joven con mucha sorna mientras se aparta el flequillo rubio de los ojos. Pura altanería con veinte años recién cumplidos.

Automáticamente, Michael lo vuelve a agarrar de la camiseta. Entretanto, Frankie le apunta a la mejilla con el dedo índice, mirándolo con los ojos acerrados.

—¡No te pases ni un gramo! —después baja el dedo; parece que el joven ha captado la advertencia—. Ha aparecido un joven de tu edad asesinado, muy cerca de aquí. Si sabes algo, habla. Una casa entre las calles 6 y 7.

—No sé nada, pero ni aunque supiera. Esa zona es de los Escobar. Con esa gente no me mezclo, están locos. Olvidadlo —el joven parece sincero.

Frankie y Michael se miran un par de segundos.

—¡Lárgate! —le espeta Michael, la mirada severa bajo el tupido pelo castaño.

El joven estira el cuello de su camiseta y se dispone a coger sus cosas antes de marcharse.

—¡Hey!, la navaja. Déjala sobre el capó —le ordena Frankie.

El joven coge la papelina y se va con rapidez.

Los agentes de Antivicio abandonan la zona en el Mustang. Al girar a la derecha para llegar a Alton Road, la chirriante matrícula sale disparada, quedándose tirada en medio del asfalto mientras el coche se aleja a gran velocidad.

El tráfico es incesante, semáforos que cambian a verde, otros se cierran en rojo. Un Chevrolet va, un Ford viene, algún Cadillac cruza, un Plymouth se aleja... Al fondo se ve un vagón del Metromover circulando por las vías elevadas, una serpiente de raíles apoyados sobre altas columnas bajo las que discurre el tráfico.

En la soleada mañana, numerosos viandantes transitan dinámicos por Downtown, el centro de Miami, siguiendo la vida cotidiana de cualquier jornada.

En los alrededores, destacan algunos rascacielos de la ciudad y diversos edificios emblemáticos de Miami. Más allá de Bayfront Park, en Biscayne Boulevard, se eleva acariciando el cielo azul el Southeast Financial Center, muy cerca de la One Biscayne Tower. Más alejado, en dirección a Brickell Key, asoma en la distancia el Atlantis Condominium, un residencial de lujo. Volviendo justo al

centro del distrito, se ve destacar, con su traza piramidal, la emblemática Miami Tower, recientemente terminada.

Ya más al norte, se puede ver la Torre de la Libertad.

También se observan los dos puentes que parten de Downtown y cruzan por encima del mar para llegar a Miami Beach; la franja de tierra alargada y revestida de glamur que separa el agua azul de la bahía del inmenso Océano Atlántico.

En algún lugar cercano al centro de Miami, aparentemente ajena a las importantes edificaciones, se encuentra la sede de la Brigada Antivicio: un edificio gris de dos plantas, de poco lustre, camuflado de fachada para afuera en las dependencias de una compañía naviera.

En el interior, en vez de fotografías de puertos, barcos, grúas y contenedores, cuelgan las fotografías de los fugitivos más buscados por la justicia. La planta baja contiene los calabozos y las salas de interrogatorios. La primera planta se divide en dos. En la parte posterior está la zona de personal, donde se encuentran los vestuarios con taquillas individuales, las duchas y un área de descanso con máquinas de bebidas calientes y frías a disposición de los agentes.

Abriéndose a la fachada, está la zona de trabajo. Más amplia, está colmada de mesas, sillas y archivadores; cada mesa de trabajo personalizada por el agente que la ocupa.

En este momento, en algunas mesas, hay agentes realizando trabajo burocrático; otras se encuentran vacías, con el titular trabajando a pie de calle. En las mesas que dan al ala este, no se ve a nadie; todo el equipo de la teniente Romero se encuentra dentro de una sala de reuniones, esperando a que entre su jefa.

La puerta está abierta, las cortinillas de lamas de los ventanales entornadas, dejando traslucir el ambiente distendido del equipo.

La sala tiene las paredes pintadas de verde claro. Hay una mesa alargada, sobre la pared frontal un proyector y, a un lado, un mapa del condado de Dade con los distritos y las calles de la extensa ciudad de Miami.

Tina Lauper se levanta de la silla para llenarse un vaso de agua, su pelo negro baja hasta la mitad de su espalda y viste unos tejanos que se amoldan a su esbelta figura. Va hasta la mesita donde está la jarra y pregunta a sus compañeros si alguien quiere agua mientras llena un vaso de plástico.

—¡Hey, chicos!, ¿no os apetecería mejor un *whisky* con hielo para amenizar la reunión? —ríe Michael con su graciosa sugerencia sentado encima de un archivador; los zapatos mocasines apoyados sobre un cajón medio abierto.

—No cuentes conmigo, solo bebo después de la medianoche —entra al juego Frankie Coleman. La mirada acerada de sus ojos claros se pierde en los opacos ventanales que dan al exterior, en un lugar indefinido de su pensamiento. Se sienta de lado en la silla, con un codo apoyado sobre la mesa. Entre los dedos de la otra mano, un cigarrillo encendido y, encima de la mesa, un paquete de Lucky Strike.

Cerca de él, sentado cómodamente en una silla y con los pies cruzados sobre la mesa, se encuentra el tipo de pelo corto rizado que la otra noche rondaba un club; en su piel, el ligero tinte de sus genes africanos; y en sus ojos claros, color de miel, el reflejo de los rayos de luz que entran del exterior.

—Yo prefiero un refresco con hielos, me da sed la resaca. Anoche viví una noche loca —se burla Rico Duch.

—Tus pies se mueven solos en la pista de baile, Rico —bromea Frankie Coleman.

La teniente Valerie Romero entra en la sala. Viste medias oscuras bajo una falda azul marino a juego con una blusa lisa de color azul celeste. Ajustada al cuello de la blusa, lleva una fina corbata negra de cuero.

La teniente se queda un momento de pie antes de sentarse, la mirada severa clavada en la carpeta que ha dejado sobre la mesa. Michael abandona la comodidad del archivador para sentarse en una silla, y Rico Duch baja los pies de la mesa con mucha parsimonia.

Sin inmutarse, Frankie Coleman permanece sentado de lado, fumando tranquilamente. Es el miembro más veterano del equipo y el agente de más edad: cuarenta años. Quince años en la Policía, después de su paso por el Ejército, los cinco últimos en Antivicio.

Su compañero, Rico Duch, treinta y cinco años de edad, llegó hace tres a la Brigada Antivicio procedente de la Policía de Nueva York.

Tina y Michael, de treinta y cinco, y treinta y ocho respectivamente, llevan cuatro años en la Brigada.

Por su parte, la teniente Romero, con algo más de dos años en Antivicio, ha sabido ganarse el respeto de su gente. En este momento toma asiento y comienza la reunión.

—Han identificado al joven asesinado en South Beach: Robert Morales. La autopsia ha confirmado que murió desangrado por el profundo corte, llevaba una arteria seccionada —Romero levanta la mirada de sus serios ojos negros.

—¿Hora de la muerte? —pregunta Frankie Coleman mientras apaga la colilla del cigarro en un cenicero.

—A última hora de la tarde, entre las ocho y las nueve —informa la teniente—. Tina ha buscado su historial, antecedentes de poca monta. Aunque en este último año se le relacionaba con la banda de los Escobar.

—Hace tiempo que he oído hablar de ellos —comenta Frankie—; jóvenes veinteañeros muy peligrosos.

La teniente enciende el proyector y aparecen las fotos de tres jóvenes, piel morena, pelo oscuro los tres; uno de ellos lo lleva largo, hasta los hombros. Romero señala a este último.

—Oswaldo es el mayor. Son de origen colombiano, han formado una banda de diez a quince integrantes. Manejan el tráfico de drogas en South Beach. Volviendo al origen del caso, no hay ningún testigo ni tenemos indicios que nos guíen en el esclarecimiento del crimen. La puerta no estaba forzada. Un ajuste de cuentas entre bandas rivales, un simple robo que se complicó...; pudiera ser, solo que...

—Todo es muy extraño —se adelanta Tina Lauper con la mirada ausente.

Continúa la teniente:

—El asesinato parece un ritual. Hay algo que no encaja...

—Como si lo hubiera cometido un psicópata, o un loco —apunta Frankie Coleman.

Romero reflexiona unos segundos, luego apaga el proyector y se levanta de la silla.

—Coleman, junto con Duch investiguen y vigilen la zona. Hay que evitar una guerra entre bandas, los Escobar no se quedarán con los brazos cruzados. Tina, siga de momento con el caso de las busconas —ahora se dirige a Michael—. Usted, vaya a ver a los de huellas, a ver si tienen algo.

La reunión termina y los agentes van saliendo en silencio. Rico Duch espera para salir el último.

—Duch, ¿qué tal el encuentro de la otra noche?

—Puede ser que entre en el juego. Estoy esperando una llamada, teniente —responde Rico haciéndose el remolón—. Teniente, quería..., ya sabe..., yo, cuando vine de Nueva York, esperaba una buena posición..., estoy viviendo en un modesto motel.

—A usted lo echaron de la Policía de Nueva York por mal comportamiento —zanja la teniente.

Rico Duch baja la mirada y abandona la sala.

—Creo que me hubiera ido mejor en Los Ángeles —murmura en voz baja con gesto altanero.

En la sala solo queda Valerie Romero, absorta entre un montón de informes que giran en órbita alrededor del misterioso crimen.

La brisa trae desde el océano la humedad y el olor a mar refrescando el caluroso ambiente. Las palmeras enhiestas compiten en elegancia con las mansiones de la zona, mientras, a pie de calle, el trasiego de transeúntes y de coches es continuo.

Un Pontiac Firebird negro, modelo del 79, cuatro faros cuadrados en la parrilla delantera dándole un aire deportivo, está aparcado entre las calles 11 y 12 de Ocean Drive.

Rico Duch va de conductor, sus claros ojos de miel atentos a los movimientos en la zona. A su lado, Frankie Coleman, el pelo largo peinado hacia atrás y sus acerados ojos vigilantes. A estas horas de la tarde, la animación es bastante notable, multitud de viandantes se mueven en ambos sentidos, caminando por el paseo surcado de palmeras. A un lado, las típicas casas *art déco*, construcciones de poca altura, tonos pastel en las fachadas; al otro lado de la calle, una zona ajardinada tras la cual se extiende la amplia playa de Miami.

—Socio, ¿tú crees que aparecerán por aquí los Escobar? Llevamos dos días vigilando y nada de nada —le pregunta Rico a su compañero.

—Nunca se sabe. Aunque no suelen dejarse ver —Frankie baja la ventanilla del todo y enciende un cigarro.

—Oye, socio, ¿cuándo le vas a hacer caso a Tina? —Rico sonrío gracioso.

—¿Tina...?

—Sí. Te lanza algunas miraditas cuando estamos en la comisaría, de esas que llevan intención asociada, socio.

Frankie se ríe sin mucha gana, en su mentón brilla la perpetua barba de tres días.

—Sabes, yo no soy un Don Juan como tú. A las mujeres guapas tienes que tratarlas con cuidado o te cogen por el cuello.

Ahora los dos ríen abiertamente.

—Voy a apuntar esa frase en mi agenda, socio.

Las palmeras se menean ligeramente con la brisa, sus verdes follajes sombrean el paseo por el que varios patinadores fabrican sus acrobacias, moviéndose veloces sobre el pavimento que discurre a lo largo de la zona ajardinada. Entretanto, un grupo de chicas jóvenes en bikini cruza la calzada dirigiéndose hacia la arena blanca de la playa; las chicas mueven las curvas de sus caderas con gracia impulsadas por el descaro de la juventud.

—Mira, por ahí va nuestro amigo Clark Gable —comenta Frankie antes de expulsar el humo del cigarro a través de la ventanilla.

El susodicho Clark Gable es en realidad un tipo de raza negra; un viejo conocido de los agentes: aparece con más de veinte detenciones en los ficheros de la comisaría. Hoy luce unas enormes gafas de sol y una visera sobre su pelo rizado.

—Patinar esnifado no ayuda a guardar la compostura —comenta Rico, gracioso.

El joven viste una camiseta amarilla y negra sobre un pantalón de deporte color rosa. Patina tan pronto girando sobre sí mismo como esquivando malamente los troncos de las palmeras que encuentra a su paso, o marchando hacia atrás mientras escucha un voluminoso casete apoyado sobre el hombro.

—Patinando con la muerte. No creo que llegue a hacerse viejo —Frankie lo mira con sus ojos acorados.

—Fácil. El éxito es efímero, muchos de los que vemos por aquí nunca llegarán a viejos.

Ahora, frente al Pontiac negro, pasan patinando un chico blanco de pelo largo ondulado y una chica de color con el pelo liso y corto. Los jóvenes patinan con mucha destreza sin rastro de locuras.

—Espero que esos chicos nunca lleguen a perder el rumbo con los patines como Clark Gable. ¿Qué opinas, socio?

—Con esos chicos nunca se sabe.

La brisa sigue soplando a intervalos, las copas de las palmeras se mecen ligeramente, el calor y la humedad van en aumento.

Frankie saca otro cigarro y lanza el paquete de Lucky Strike sobre el salpicadero del coche.

—A veces me siento demasiado cansado, Rico. No sé si es el calor de esta ciudad o la vida que llevamos..., una noria que sube y baja sin parar; tan pronto estás arriba y puedes tocar las estrellas con la punta de los dedos, como llegas a hundirte en un pozo sin fondo —Frankie calla mientras enciende el cigarro con un mechero de petaca, la llama tiñe de fuego sus duros ojos claros.

—Has subido demasiadas veces a la noria, socio. A veces querías bajar, pero la noria nunca para.

—La verdad es que soy un yonqui de la calle, un tipo enganchado a la acción —Frankie aspira el humo del cigarro y lo expulsa por la ventanilla hacia el exterior.

—La acción es nuestra adicción —ironiza Rico, gracioso. Hoy viste una americana oscura a rayas y un pantalón gris.

—Antes de que llegaras, hace cuatro años, allí delante en la entrada de la calle 10, perdí al compañero que trabajaba conmigo. Se llamaba Mike, fue un mal asunto. Perseguíamos a pie a unos traficantes, al doblar la esquina nos estaban esperando. Mike tan apenas se enteró, recibió el primer disparo... —Frankie se muerde el labio—. Cada vez hay más personas que han pasado por mi vida que están al otro lado de la frontera, Rico.

—Sé de lo que me hablas. Yo también perdí a mi hermano y a varios compañeros en Nueva York —por los ojos color de miel de Rico pasa una sombra pasajera, pero un instante después recuperan su brillo habitual—. Pero la vida siempre vuelve a ser hermosa, socio —se ríe Rico mientras sigue con la mirada a dos mujeres jóvenes que cruzan hacia la playa en bañador.

Frankie acompaña a su compañero con la mirada.

Vuelven a pasar frente a ellos los jóvenes patinadores desplazándose con seguridad. Unos metros adelante paran, se quitan los patines y cruzan la zona ajardinada en dirección a la playa.

—¡Hey!, Rico —el agente le indica con el mentón a su compañero.

Un Ford Gran Torino rojo pasa despacio por la calle; dentro, dos ocupantes de mal aspecto, rasgos hispanos.

—Pueden ser los Escobar.

—Ahora lo veremos, Rico —Frankie da la última calada al cigarro y aplasta la brasa en el cenicero.

El largo coche rojo, con algunas partes de la carrocería abolladas, ha parado a unos cincuenta metros, justo en la entrada de un club nocturno, que a esta hora de la tarde todavía no está abierto al público.

El joven de pelo largo ondulado y la chica de color se internan en la arena de la playa con los patines en las manos. Atrás quedan Ocean Drive y el Ford Gran Torino del que acaban de bajar dos jóvenes de rasgos hispanos: pelo largo oscuro y bigote fino uno, cabello corto y liso más una cinta blanca atada en la frente el otro.

Los patinadores caminan por el suelo caliente. La arena quema la planta de sus pies hasta que llegan a una zona más profunda y pueden hundir los pies encontrando alivio.

Los dos jóvenes van de la mano sorteando a los bañistas expuestos al sol sobre toallas de playa; otros bañistas descansan bajo sombrillas de colores. Como si de un laberinto se tratara, van buscando el camino que los lleve hasta las olas del mar; torciendo a derecha o a izquierda en un paisaje mayoritariamente femenino compuesto de piernas morenas, glúteos arqueados untados de aceite solar, chicas de piel blanca, cuerpos bronceados, mujeres afroamericanas... Un bosque sugerente donde las formas femeninas dibujan el mismo garabato genético que durante milenios ha atraído las vistas masculinas como si estuvieran bajo los efectos de un potente imán.

—¡Hey!, Eddie, deja de mirar —la joven lo dice como si fuera una ironía, evitando mostrarse molesta.

La chica de color, de grandes ojos oscuros, se llama Lucy, y su figura no desmerece en el campo de Venus por el que caminan.

—Intento no tropezar con nadie, *sunshine*.

Siguen avanzando por la amplia playa de Miami. Llegan a una zona donde se reúnen grupos familiares; los niños juegan en la arena o entran y salen del agua azul turquesa. Más adentro, en alta mar, el azul se tiñe de un color más oscuro.

Cuando llegan a la orilla, se miran a los ojos. El chico aparta de su rostro el largo flequillo castaño que dificulta la visión de los grandes ojos oscuros que tiene enfrente. Los dos unen los labios fundiéndose en un abrazo. Eddie siente los pechos turgentes sobre su torso y la boca caliente que lo besa con pasión.

—¿Nos bañamos?—propone Lucy después del abrazo.

—No me vendrá mal algo de agua fresca; mi motor ha sufrido un tremendo calentón en el trayecto hasta aquí.

Lucy se ríe, graciosa, mientras amenaza con golpear a su novio con el puño cerrado. Eddie dibuja en su boca una inocente sonrisa, como la de un niño.

Los dos se quitan la ropa quedándose en bañador, después se zambullen prestos dentro de una alta ola. Se hace un vacío e insonoro paréntesis hasta que asoman los rostros salpicando agua.

Luego comienzan a nadar mar adentro hasta verse solos; los demás bañistas nadan más cerca de la orilla. Lucy se agarra a los hombros de su novio para volver a besarlo, esta vez el beso sabe a mar. El contacto se hace prolongado mientras mueven los pies para mantenerse a flote.

—¿Me quieres?

—Ya lo sabes.

—Quiero escucharlo todos los días de mi vida —el bello rostro de la joven y sus finas facciones acompañan a sus hermosos ojos negros, de los que resalta el intenso blanco que rodea a los iris, nieve rodeada de una fina y suave piel negra.

—Te quiero, *sunshine*.

Vuelven a juntar por unos segundos sus labios.

—Así está bien—sonríe Lucy mostrando sus dientes blancos—. ¿Volvemos?

Alcanzan rápido la orilla empujados por el suave oleaje y se adentran en la arena goteando agua salada. Pronto se sientan al sol con la mirada puesta en el ancho océano.

A lo largo de la playa, se observan las numerosas torres de salvavidas elevándose en la distancia. Bastante más elevada, en el intenso cielo azul, una gran nube blanca se mueve, pasajera; bajo la nube destaca el South Pointe Tower, un rascacielos rectangular que impone su presencia sobre la zona más al sur de South Beach.

—Mira aquella nube, parece de algodón —Eddie se queda admirado, observando. Su rostro de piel clara y sus ojos marrones están flanqueados por una larga melena que baja por su espalda.

—¿Qué esconderá allí dentro, entre las volutas de algodón? — se pregunta Lucy. Su fina nariz y sus grandes ojos negros son fruto de un largo mestizaje, una belleza intensificada por un cabello corto y liso, de negro azabache.

—¿Qué iba a esconder, *sunshine*?

—Quién sabe... También algo se esconde dentro de mí.

—Hoy estás muy misteriosa; lo he notado toda la tarde.

Lucy se queda absorta mirando el movimiento de la nube.

—Tengo que decirte algo, Eddie —el chico la mira, atento; mientras, los grandes ojos negros siguen perdidos en sus pensamientos—. Estoy embarazada. Hace unos días que lo sé.

Eddie mantiene un silencio denso durante los primeros segundos. Luego, dibuja una sonrisa en sus gruesos labios, esa sonrisa inocente de niño bueno, como si la cosa no fuera con él.

—Dame un beso, *sunshine*.

Lucy gira el rostro con gesto grave, el gesto de una mujer primeriza que se juega la graduación. Los dos unen los labios en un largo beso; un roce cálido que, sin articular palabra, sella un compromiso de futuro mutuo, un devenir incierto todavía por escribir.

Después del apasionado beso, Eddie dirige la vista hacia el azul del mar, guardando silencio.

—No parece estar muy contento —aparece un gesto serio en el rostro de Lucy.

—Qué va, no es eso, *sunshine*. Solo estoy preocupado. Sabes que, en estos momentos, no tenemos dinero. Mi trabajo de reparador tan apenas nos da para poder vernos, tú tienes que compartir piso con tu amiga, y yo..., ya lo sabes; desde que mi padre murió he estado dando tumbos de compañero de piso con extraños, o semanas durmiendo en mi vieja furgoneta... —al instante, Eddie vuelve a mostrar un gesto más alegre—. Pero no te preocupes, ya pensaré algo. Tengo que buscar otro trabajo.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo —Eddie apoya la cabeza de la chica sobre su hombro. Los dos contemplan las olas en su rítmico vaivén. El mar

deposita en su venida diminutos granos de arena, volviendo a llevárselos después en su retroceso. Así pasan un rato ensimismados—. ¡Vamos a comernos un perrito caliente!, y nos tomamos un refresco para celebrarlo. Llevo unos dólares dentro del patín. ¿Qué te parece?

Sonríe Lucy, mostrando la cara más feliz del mundo.

—Otro día de duro trabajo —ironiza Frankie. Mira su reloj, hace un rato que ha anochecido.

—Llevo los riñones desencajados, socio. Llevamos tres horas sentados en el coche. ¡Nos vamos! —Rico arranca el Pontiac negro.

Hace rato que el Ford Gran Torino con sus dos ocupantes ha abandonado la zona. Nada que destacar; puede ser que repartieran droga en el club, el local acaba de abrir las puertas al público; pero los agentes de Antivicio obvian las migajas, sus miras están puestas en la cabeza de las organizaciones criminales. Además, hoy su misión es de vigilancia e investigación.

Rico enciende los faros e inicia la marcha, pasan despacio por la entrada del club Bahamas. La animación comienza en la puerta, numerosos jóvenes con ropa de diferentes colores charlan y ríen animadamente, dos chicas conversan con otro joven mientras alardean de sus formas enfundadas en pantalones de cuero.

—¿Qué opinas, Rico? —Frankie señala con la mirada a las dos chicas.

—No son de tu tipo.

—¿Mi tipo?, ¿y qué mujeres son de mi tipo?

—La mujer barbuda del circo —se ríe Rico.

—Se me había olvidado, eres un tipo muy gracioso —bromea Frankie deslizando la mirada de sus ojos acerados por la zona. Seguidamente, coge el paquete de Lucky Strike y enciende otro cigarro.

Al ponerse el sol tras los edificios de Miami, la concurrencia ha abandonado el esparcimiento en la playa para trasladar la diversión a los clubes que animan la zona.

Van circulando despacio con el Pontiac negro, ojeando las entradas de las calles de moda.

Por allí se reúne desde gente de buen ver a bailarines de *break dance*, chicas bonitas con trajes de noche, otras vistiendo ropa más informal; también algún viejo conocido, cuya cara figura en los archivos de la Brigada Antivicio por tráfico de estupefacientes.

Al otro lado de la calle, las altas palmeras se menean ligeramente al recibir la brisa que llega del mar: un océano que ruge sordo en la distancia con su redundante y monótona melodía.

El Pontiac negro avanza dejando atrás las fachadas *art déco* y las luces de neón, azules nocturnos, rosas y rojos púrpura. Justo ahora los agentes pasan al lado de los hoteles Colony y Boulevard; se van sucediendo las mansiones, los hoteles y los clubes nocturnos hasta que llegan a la esquina de una calle transversal donde toman el protagonismo los descarados paseos para un lado y para el otro, las poses sobre el pavimento de numerosas prostitutas trabajando en la calle: chicas jóvenes muy repintadas, pantalones brillantes muy ajustados, faldas demasiado cortas y escotes más que generosos.

Rico aminora la velocidad, vigilante. Se observan los movimientos de caderas extravagantes, sonrisas descaradas, miradas lascivas, peinados atrevidos, labios procaces prometiendo delicias y palabras obscenas vendiendo barato el amor.

—No se ve a Tina por aquí.

—Estará en alguna otra esquina de Miami; lleva meses tras ese proxeneta —responde Rico con la atención puesta de nuevo en el asfalto.

—Ese tipo raro: Szarbo. Dicen que trabaja para un exgeneral tailandés. Por lo que se ve, el militar ha trasladado desde el sudeste asiático sus sucios negocios a las calles de Miami.

—Esta ciudad es el retiro dorado para muchos criminales foráneos, socio.

—Y una cancha de juego que da muchos dividendos para los equipos que juegan en casa.

—Así es, socio. Siempre la misma historia.

Los agentes de Antivicio continúan por Ocean Drive; el Pontiac negro se abre ahora paso por una zona más oscura con edificaciones degradadas. Rico conduce con los ojos, color de miel, atentos a los transeúntes que se mueven por la zona.

Al igual que su compañero, Frankie desliza sus ojos acerados por las bocacalles oscuras.

En el pequeño margen de dos calles numeradas, han cruzado la frontera que separa la zona de mansiones y animación, de luces de neón que dibujan fantasías, para adentrarse en una noche oscura; calles aparentemente vacías, lúgubres solares, señales de peligro sin concretar...

El coche va deslizándose por el asfalto como un fantasma silencioso.

—¡Frena! He visto algo —le indica Frankie a su compañero.

En la calle que acaban de dejar atrás le ha parecido ver una sombra moviéndose en la oscuridad. Rico da marcha atrás lentamente. Cuando vuelven al cruce, escuchan el sonido de unos cristales rompiéndose y ven una silueta negra moviéndose con rapidez al verse sorprendida.

Los agentes de Antivicio se adentran en la calle con decisión. Rico alumbraba con las luces largas: ni rastro del merodeador; aminora la marcha, cauteloso. Las luces alumbran una calle totalmente desierta.

—Apaga las luces, Rico, si lleva un arma, podemos ser un blanco perfecto.

Rico apaga las luces y a continuación los dos bajan del coche.

Frankie avanza por el lado derecho de la calle; el cuerpo agachado para no destacar demasiado. Viste una chaqueta gris de *sport*, pantalón de pinzas azul claro y mocasines deportivos, empuña la pistola Bren Ten con las dos manos, a lo militar; sus ojos acerados brillan, desafiantes.

Por el otro lado, se mueve Rico Duch con su chaqueta a rayas, vistiendo con elegancia, el pendiente en forma de cruz bamboleándose en su oreja izquierda. En su mano derecha, un revólver Smith & Wesson del 38 apuntando a la oscuridad.

Se mueven cautelosos mirando entre los coches, cubriéndose entre compañeros al trasponer la carrocería de alguna furgoneta aparcada.

Suena una detonación y estalla la luna del coche junto al que pasa Rico. Frankie ha visto el fognazo de salida tras un Buick azul aparcado; abre fuego para proteger a su compañero, después vocea:

—¡Policía! ¡Tira el arma y sal con las manos en alto!

El agresor responde con dos disparos, que se estrellan en la chapa de un coche. Frankie y Rico abren fuego a la vez, contun-
dentemente. Desde el otro lado, se escucha un «¡Alto, es ok!». Una
pistola sale despedida al centro del pavimento y, de detrás del Buick
azul, sale un tipo levantando las manos, lleva el rostro enfundado
en un pasamontañas negro.

Rico se acerca con celeridad y lo derriba sobre el suelo para es-
posarlo. Al quitarle el pasamontañas, aparece un rostro moreno de
rasgos hispanos. No para de repetir que no estaba haciendo nada.

Rico ha encontrado entre sus ropas un cuchillo de grandes di-
mensiones, aparte de la pistola que ha tirado al suelo.

—¿Te gustan las armas de corte? —le dice sujetándole la cabe-
za por el pelo—, pues te vas a tragar el cuchillo enterito, como un
faquir.

Mientras, Frankie está con el teléfono del coche pegado a la
oreja, comunicándose con la comisaría.

—Un sospechoso detenido en la zona baja de South Beach, el tipo
iba armado. El cristal de la ventana de una vivienda vacía está roto...

La brasa de un cigarrillo brilla en la oscuridad de la noche. Un
tipo alto vigila la entrada de un almacén industrial en Opa-Locka;
controla la calle desierta y silenciosa, solo se ven en la zona algunos
viejos coches aparcados, o quizá abandonados.

A través del medio metro de apertura que ofrece la gran puerta
corredera del almacén, se escuchan unas voces al fondo de la nave.

Vuelve a destellar la brasa del cigarrillo en la oscuridad y el tipo suelta el humo tranquilamente. En su rostro de piel clara destaca un fino bigote y, aunque de su frente nace una extensa calvicie, por su espalda cuelga una larga coleta de cabello oscuro.

La calle sigue vacía y la oscuridad envuelve una noche calurosa. El tipo da una última calada al cigarro y, con los dedos en pinza, lo lanza lejos, sobre el deteriorado asfalto. Pero, al momento, unas luces brillantes en la entrada de la calle lo ponen en guardia, se refugia rápidamente en la ranura abierta que deja el portón de la nave y roza con la mano la pistola que lleva oculta en la cintura. El coche, un Dodge negro, pasa de largo perdiéndose en la distancia.

El tipo, más tranquilo, vuelve a salir al exterior. El silencio se ha vuelto a adueñar de la zona, el sosiego de la noche invita a relajarse. Empieza a pensar en algo agradable, pero no llega a concluir el pensamiento: siente un fuerte golpe en el pecho y sus piernas flaquean. Todavía alcanza a escuchar unos pasos que se acercan, antes de caer de bruces sobre el suelo.

Una silueta vestida con un buzo de trabajo oscuro, el rostro oculto por una capucha negra, se detiene ante el cadáver y lo observa un momento. La silueta porta en la mano una pistola provista de silenciador; la guarda tranquilamente dentro de un bolsillo del buzo y descuelga de su hombro un gran machete antes de introducirse por la ranura que deja abierta el portón.

En el interior del almacén, se escuchan las voces rudas de dos tipos. Están cargando unos bultos por las puertas traseras de una furgoneta Ford de color gris.

Un hombre de rostro moreno y mediana edad conversa con un joven de rasgos afroamericanos.

—¡Vamos un poco más rápido! Me están esperando para entregarles parte de la mercancía —apremia el joven afroamericano.

—Toma, echa un trago, la noche es joven —le ofrece el otro una petaca de alcohol.

El joven echa un trago y le devuelve la petaca.

—No está mal, abuelo.

—¿Abuelo?, ja, ja. Continuemos con la carga.

Están metiendo dentro de la furgoneta unos cajones de madera cargados con fardos de cocaína. Antes de terminar, echan otro trago.

—Este es el último. Arranca la furgoneta, ya cierro yo las puertas.

El joven afroamericano se dirige a arrancar, pero, cuando va a abrir la puerta del conductor, recibe un certero machetazo en el cuello.

—¡Arranca de una vez, *boy scout!* —se impacienta el tipo de rostro moreno, pero no recibe contestación, la furgoneta sigue parada.

Al cerrar las puertas traseras, aparece tras una de ellas la figura de un espectro enfundado en un buzo oscuro.

El tipo de rostro moreno intenta defenderse levantando los brazos para parar el brillante filo del machete, que baja una y otra vez...

—¡No, no, nooo! ¡Ah, ahaa! —su cuerpo cae al suelo sangrando abundantemente.

Ya tumbado, el hombre recibe un último tajo en el cuello, que termina por silenciar sus quejidos.

La macabra escena vuelve a repetirse: varios charcos de sangre en el suelo, junto al líquido viscoso, luce la llama de una vela, que dibuja sombras pasajeras alrededor de un muñeco de tela relleno de paja. El espantajo muestra una pierna más corta que la otra, la cara oculta por una capucha y un alfiler atravesando su corazón.

